

Martin Luther King: veinte años de añoranza

Antonio M. Navas

El título de este artículo está justificado porque hace justamente veinte años que echamos de menos a un cristiano de la talla espiritual y humana de Martin Luther King. No nos abandonó por su propia voluntad, sino que fue alejado de nuestro lado por el miedo insensato de quienes veían una amenaza en lo que debería haber sido el fundamento de su esperanza. Porque, si Martin Luther King hubiera vivido hasta nuestros días, habría podido comprobar cómo la violencia parece haberse convertido en la supuesta panacea de los desheredados de la humanidad, que acaban siendo víctimas en la mayor parte de los casos de las tempestades que desatan ellos mismos. Quienes no veían con buenos ojos la labor de Martin Luther King (y entre ellos seguro que se encontraba su asesino) más que preocuparse por sus iniciativas no violentas y sus repercusiones, deberían haberle agradecido el haber intentado constituirse en un cauce de solución razonable para la irracionalidad de la vida de los negros en la sociedad estadounidense. Hoy, a veinte años de su muerte, parecen haberse cumplidos algunos de sus pronósticos más sombríos para el caso de que no se atendieran las demandas de los marginados. El terrorismo y la violencia, desde la destructora de bienes o personas hasta la verbal, se están convirtiendo en la pesadilla de un mundo que intenta eximirse de la responsabilidad que le toca en el problema. Martin creyó que la solución a todos los desafueros, más que en medidas correctoras concretas, radicaba en contribuir a sacudir la conciencia de todos los implicados.

Un premio más que merecido

El reconocimiento de su labor, como para tantos grandes hombres y mujeres de la historia, tuvo que venirle de fuera de su país. El 10 de Diciembre de 1964 recibió el Premio Nobel de la Paz en el Aula Magna de la Universidad de Oslo de manos del rey Olav. La razón fundamental exhibida para tal distinción fue que el Dr. King había conseguido mantener a sus seguidores en los límites de la no violencia, sin cuyo ideal las manifestaciones y marchas organizadas por él habrían degenerado fácilmente en derramamiento de sangre. Martin por su parte recibía el premio en nombre del movimiento que presidía, aprovechando la solemnidad del momento para reafirmar su confianza inquebrantable en América y en el género humano.

Es cierto que la reclamación constante que hacía a la sociedad americana era la de la libertad. Pedía "libertad ahora", pero siempre desde una actitud no violenta, por respeto a las propias almas de los oprimidos. Martin era un convencido de que la violencia destruye todo lo que toca por alimentarse de odio:

"La violencia es inmoral porque florece en el odio más que en el amor. Destruye la sociedad y hace la hermandad imposible. Deja la sociedad en un monólogo más que en un diálogo. La violencia acaba por destruirse a sí misma. Provoca resentimiento en amarguras a los supervivientes y brutalidad en los destructores... Si los negros americanos y otras víctimas de la opresión sucumben a la tentación de emplear la violencia en la lucha por la libertad, las generaciones futuras serán las receptoras de una desolada noche de amargura, y nuestro principal legado para ellas será el reino de un caos interminable y sin sentido. La violencia no es el camino"¹.

Sin embargo la actitud pacífica que mantenía contra todos los elementos adversos no le hacía retroceder en su exigencia de "libertad ahora". Como él mismo decía poco antes de morir, estaba cansado de luchar por el disfrute de unos derechos admitidos por la Constitución de su país. Cansado de ver a sus hijos expuestos a crecer con el miedo en el corazón y con la impresión degradante de ver su dignidad pisoteada por el simple hecho de tener un color de piel distinto. No podía arriesgarse a que ellos sufrieran lo que su generación y las anteriores habían padecido y por eso clamaba sin descanso:

¹Citado por R. SANCHIS SJ, *Lo esencial de Luther King: Razón y Fe* 177 (1968) 466.

“libertad ahora”. El no salirse de los términos de la no violencia, siendo víctima de ella en un grado tan extraordinario, bien justificaba la concesión del Premio Nobel de la Paz.

Las raíces de una vocación

Martin Luther King era hijo de una familia acomodada, capacitada para ofrecerle muchas oportunidades de abrirse paso en la sociedad americana, aunque no todas, por el segregacionismo intransigente del país en muchos de sus estamentos. Su padre le inculcó siempre que debía mantenerse firme en la defensa de sus derechos. Y esta actitud de firmeza estaba asociada a una forma no violenta de ser, que tuvo antecedentes en su padre cuando todavía era muy joven.

Martin estuvo considerando en su juventud la mejor manera de luchar por los derechos de sus hermanos de raza y, en principio, rechazó la idea de ser pastor baptista como su padre, porque no le gustaba la manera demasiado sentimental de enfocar la religión y los problemas de la vida por parte de muchos de los ministros que conocía.

En este sentido su estancia en el colegio Morehouse fue decisiva. Allí conoció a Benjamin E. Mays, director del colegio, que se ganó su admiración por predicar una especie de evangelio social. Por otro lado el jefe de departamento de Teología del colegio, George D. Kelsey, le hizo comprender, al oírlo hablar, que un ministro puede unir la competencia intelectual con el decoro emocional. Pero su espíritu joven, con la rebeldía propia de los años, lo llevaba a preferir ser doctor o jurista, por considerar tales profesiones más acordes con su deseo de consagrarse a la emancipación de los negros americanos.

Mientras decidía lo que hacer quiso experimentar por sí mismo la condición laboral de los negros, con lo que simultaneó sus estudios con dos trabajos distintos: empleado en una fábrica de colchones y mozo de estación. En verano complementó la experiencia trabajando en los campos de tabaco de Connecticut.

Estas experiencias, el ejemplo de su padre y el de sus maestros, acabaron madurando en él la idea de su vocación, que se decantó finalmente por el ministerio pastoral. Todo como fruto de una conclusión que iluminó en adelante toda su vida y fue el norte de todos sus actos: era tan importante atender a la liberación social de su pueblo como atender a la salvación de

sus almas. Esta conclusión, sentida en lo más hondo de sí mismo, impidió que se convirtiera en un mero agitador social

Su método y su estilo

Martin Luther King buscó una forma de llevar sus planes a la práctica, que estuviera de acuerdo con su oposición a la violencia. En este sentido siempre afirmaba que el espíritu de lo que él quería hacer lo encontró en Cristo, mientras el método lo aprendió de Gandhi. No deseaba practicar un amor tipo “eros” (estético o romántico), ni tipo “filía” (entre amigos), sino tipo “agapé” (altruista y desinteresado). Un amor no débil ni pasivo, sino activo, en beneficio incluso de sus enemigos. Un amor de militante que pusiera su vida al servicio de los otros.

Antes de exigir cambios a los demás, se los exigió a sí mismo. Cuando decidió hacerse pastor procuró adaptar su conducta a las severas exigencias de la moral baptista. Dejó de frecuentar a las chicas y de asistir a los bailes y, aunque a él le parecían exageradas estas normas de conducta, las dio por bien empleadas con tal de poder ser ministro de su iglesia al servicio de sus hermanos. A esto añadió sus estudios de Filosofía en Boston, en donde frecuentó a los maestros del personalismo Brightman y De Wolf por considerar que sus ideas correspondían a su forma de enfocar los problemas humanos.

Buscó una mujer con la que compartir su vida y sus ideales y la encontró en Coretta Scott, que supo estar siempre a la altura de lo que le exigieron las circunstancias en que la familia se vio envuelta por la actividad de su marido. Ambos reflexionaron y oraron para decidir a qué tipo de iglesia deberían ir a prestar sus servicios y, de común acuerdo, escogieron el sur porque, según Martin, era donde más se le necesitaba. Aceptó la oferta de la iglesia baptista de Dexter, en Montgomery (Alabama), de predicar ante la comunidad como requisito previo y, ante los nervios naturales de la ocasión, bromeaba con su mujer diciéndose a sí mismo:

“Deja a Martin Luther King detrás y a Dios en primer término y todo irá perfectamente”².

Profundamente religioso como era, afirmaba con contundencia: “Una religión que no tiene en cuenta las cosas de la tierra al mismo tiempo que

²C.S. KING, *My Life with Martin Luther King, Jr.*, New York 1970, pg. 107-108.

las del cielo está tan seca como el polvo”³. Para todo lo que emprendía contaba con Dios y reconocía constantemente que en los momentos en que no podía más era Dios quien lo sacaba a flote. Y esto no lo hacía sólo en privado. A preguntas de los periodistas sobre los brotes de violencia en una de sus manifestaciones, sobre si había hablado con alguien, respondió con toda normalidad que sólo había hablado con Dios tras ese fracaso parcial.

En los momentos críticos tomaba su fuerza de Dios y su inspiración del pueblo. Estaba convencido de que Dios quería de él la dedicación a la liberación de los oprimidos y se sentía apoyado íntimamente por El. Por otro lado el contacto con su pueblo fue haciendo poco a poco que dejara de lado sus reservas contra las manifestaciones demasiado emotivas a la hora de hablar en público, resultando evidente que este contacto lo motivaba y lo inspiraba.

Incluso los argumentos de alarma que utilizaba en sus sermones eran de índole profundamente religiosa. En este sentido afirmaba de Estados Unidos que “una nación que gasta más dinero en defensa militar que en mejora social está cerca de su muerte espiritual”⁴.

Decía a su mujer y a sus hijos que si un hombre no tiene nada por lo que morir, entonces no está capacitado para vivir. Lo importante no es cuánto tiempo se vive, sino si se vive bien. Contempló siempre la posibilidad de su muerte sin odio ni amargura, como el fruto de una sociedad enferma, infestada de racismo y violencia, a cuya salvación dedicó hasta la parte más pequeña de sí mismo.

El coraje de ser no violento

Recién llegado a su iglesia de Dexter, en Montgomery, pronunció su sermón “Antídotos del miedo”, en que afirmaba que el miedo puede superarse afrontándolo, echándole valor. Consideraba el valor una de las grandes virtudes humanas y pensaba que al miedo se le echa valor por medio del amor, que fue la forma en que Jesús se enfrentó a la cruz.

No era una persona pacífica porque no fuera consciente del peligro que corría. En la primera acción social de envergadura que acometió, para suprimir la segregación en los autobuses de Montgomery, pusieron una bomba

³Ibidem, pg. 124.

⁴Ibidem, pg. 296.

en su casa, que pudo haberle costado la vida a su mujer y a su hija. Pues bien, cuando acudió frente a su domicilio para hablar a la multitud que se había congregado, y que ofrecía un aspecto claramente amenazador, les habló en los siguientes términos:

“Recordad las palabras de Jesús: Quien a espada vive, a espada morirá. Debemos amar a nuestros hermanos blancos sin importarnos lo que ellos nos hagan. Debemos hacerles saber que los amamos. Jesús sigue gritando a través de los siglos: Amad a vuestros enemigos. Con arreglo a esto es como debemos vivir. Debemos salir al encuentro del odio con amor”⁵.

La gente que se había congregado con síntomas de amotinamiento acabó haciendo eco a sus palabras con “Amén” y “Dios lo bendiga. Reverendo, estamos siempre a su lado”. Mientras se dispersaban tras las palabras de Luther, uno de los policías presentes para controlar la situación confesaba: “Si no hubiera sido por ese predicador negro, ahora estaríamos todos muertos”.

Tras esta experiencia sufrió otra que le afectó personalmente, pero que no modificó su postura. Estando en Nueva York, en Harlem, firmando autógrafos en los almacenes Blumstein, una mujer negra le preguntó si él era el Dr. King y, ante su respuesta afirmativa, le clavó en el pecho un abrecartas japonés muy afilado, que se le quedó incrustado con la punta rozando la aorta, hasta el extremo de que, con sólo un estornudo, hubiera muerto. El fue quien pidió calma y evitó que le sacaran el abrecartas del pecho, colaborando con su tranquilidad y la que comunicó a que el incidente no resultara fatal. Cuando se le preguntó su opinión sobre lo que debería hacerse con su agresora respondió:

“Esta persona necesita ayuda. No es responsable de la violencia que me ha infligido. No le hagan nada; no la procesen; denle la oportunidad de curarse”⁶.

En su intento de colaborar a la integración racial de Birmingham (Alabama), considerada por él como el hueso más duro de roer de todo el país, reclutó a todos los voluntarios que se presentaron para las demostraciones que hubiera que efectuar, pero solamente después de haber firmado el siguiente documento:

⁵Ibidem, pg. 141.

⁶Ibidem, pg. 176-179.

“Por la presente me comprometo —en cuerpo y alma— con el movimiento no violento. Por tanto observaré los diez mandamientos que siguen:

1. Meditar a diario en la doctrina y en la vida de Jesús.
2. Recordar siempre que el movimiento no violento en Birmingham busca la justicia y la reconciliación, no la victoria.
3. Caminar y hablar movidos por el amor; porque Dios es amor.
4. Pedir diariamente en la oración ser instrumentos de Dios para que todos los hombres puedan ser libres.
5. Sacrificar los deseos personales a que todos los hombres puedan ser libres.
6. Observar con el amigo y el enemigo las reglas usuales de cortesía.
7. Procurar prestar un servicio permanente a los demás y al mundo.
8. Abstenerse de la violencia de los puños, de la lengua y del corazón.
9. Esforzarse por mantenerse con buena salud espiritual y corporal.
10. Seguir las directrices del movimiento y las de los responsables durante una manifestación⁷.

El texto exime de todo comentario. Como resultado de la manifestación acabó en la cárcel, donde permaneció incomunicado y redactó su famosa “Carta desde una cárcel de Birmingham”, respondiendo a las declaraciones de un grupo de ocho ministros blancos que lo calificaban de imprudente e inoportuno. En ella expresa su convicción de que estaba haciendo lo que era justo, pues la ley que intentaba impedir la manifestación era injusta; y una ley injusta, simplemente deja de ser ley. Les recuerda que Jesús fue un extremista por amor y que los apóstoles se comportaron como agitadores. Al final expresa su deseo de poderse encontrar con ellos algún día como compañero en el ministerio y hermano en la fe.

La creatividad continua en el servicio

Algo que sorprende en la actividad de Martin Luther King es la variedad de las iniciativas que acometió, y que podría inducirnos a pensar en unas dotes de creatividad fuera de lo corriente. Sin embargo creo que no residió

⁷Ibidem, pg. 223-224.

ahí el secreto, sino en su espíritu de servicio a la comunidad en lo que ésta necesitara. La diversidad de sus servicios provenía, por tanto, del análisis de las situaciones concretas en que cada grupo cristiano se encontraba para, a partir de él, arbitrar las medidas que se juzgaran más convenientes, no por él solo, sino en unión de un grupo que comulgaba con sus mismos ideales.

En 1955 apoyó el boicot a la empresa de autobuses urbanos de Montgomery por su crasa segregación racial, consiguiendo la solidaridad casi absoluta de la población negra, que prefirió en muchos casos ir a pie al trabajo, antes que abandonar. Una vez conseguida la igualdad de trato en los autobuses, su recomendación fue elocuente: que nadie presumiera por la victoria lograda, que fueran corteses con los blancos aunque éstos los insultaran, y que no se sentaran junto a ellos si había más sitios libres en el autobús.

En 1963 acometió la desegregación de Birmingham (Alabama), con la idea de establecer la igualdad de trato en todos los establecimientos y locales públicos. Le fue prohibido manifestarse y, tras hacer oración, creyó que Dios le pedía un testimonio evangélico, yendo a la cárcel (como queda indicado más arriba) por violar una prohibición legal, pero injusta. Llegó a organizar una cruzada de niños en favor de la libertad, a sabiendas de que sería criticado severamente por mezclarlos en estos asuntos.

El mismo año de 1963 organizó la Marcha sobre Washington. 250.000 personas estuvieron presentes en aquel acontecimiento que lo consagró como el guía moral de la nación. Afirmó que estaban allí porque amaban a su país. Que esperaba que hubiera fondos en el banco de la justicia para compensar a los negros de las injusticias sufridas en el pasado. Y que tenía un sueño: el de ver a blancos y negros unidos como hermanos en América, donde todos fueran realmente libres.

En 1966 tuvo lugar la gran marcha de Selma a Montgomery, en la que participaron 50.000 personas, para apoyar el derecho al voto de los negros. Tuvo que intervenir la guardia nacional para proteger el derecho de los manifestantes a marchar pacíficamente por la carretera a lo largo de 44 millas, pero el resultado fue que la Ley del Derecho al Voto fue aprobada varios meses después, consagrando la igualdad ante las urnas de todos los ciudadanos.

Tras esta victoria, también en 1966, se trasladó a vivir con su familia a un apartamento de suburbio de Chicago para compartir mejor la marginación

ciudadana. Una vez allí tomó contacto con bandas de adolescentes negros, invitándolos a la no violencia y a la colaboración con los blancos. En Julio organizó una manifestación a la que se sumaron 50.000 personas, para pedir al alcalde justicia racial efectiva en la ciudad. Al llegar al Ayuntamiento el alcalde no estaba allí y el local se encontraba cerrado. Entonces, en un gesto evocador del Lutero del siglo XVI, dejó clavadas sus peticiones en la puerta de entrada. Esta manifestación acabó con revueltas que duraron toda la noche, promovidas por negros jóvenes. Martin siempre lamentó estos sucesos y la cerrazón de la población blanca que daba pie a que se produjeran.

En 1967 se declaró abiertamente contra la guerra de Vietnam. Hizo un cálculo por el que se gastaban 322.000 \$ por cada enemigo abatido, mientras sólo se dedicaban 53 \$ por persona para combatir la pobreza. En Nueva York organizó en Abril la Movilización de Primavera por la Paz, que congregó a 250.000 personas, reafirmando en que seguiría oponiéndose a la guerra con todas sus fuerzas, porque la consideraba la más injusta de toda la historia de los EE UU.

En Marzo de 1968 convocó en Atlanta (Georgia) un encuentro con puertorriqueños, mejicanos, indios y blancos pobres de la zona de los Apalaches, incorporándose todos ellos al movimiento de Martin Luther King. En el otoño de 1967 obtiene el primer gran triunfo de las sucesivas campañas para incrementar el voto de los negros, con la elección de Carl Stokes como primer alcalde negro de una gran ciudad, Cleveland (Ohio).

Un mártir para nuestro tiempo

Después de darse a conocer públicamente que el presidente Johnson había iniciado negociaciones con Vietnam del Norte, Martin se concentró en la preparación de una gran marcha en favor de los pobres, que debería llevarse a cabo en Washington. Durante los preparativos estalló un conflicto entre los basureros negros de Memphis (Tennessee), por el mal trato recibido por el alcalde, y se le pidió que acudiera a presidir una manifestación que tuvo efecto el 28 de Marzo de 1968.

La manifestación se volvió violenta, en parte, por la acción de elementos jóvenes del movimiento Poder Negro, provocándole un momento de auténtica depresión. Sin embargo reaccionó sosteniendo, en una reunión con sus colaboradores más íntimos, que era especialmente importante repetir la manifestación no violenta en Memphis para que esta actitud no fuera

desterrada para siempre como medio de solucionar los problemas. En plena reunión se ausentó para dar a los compañeros de movimiento mayor libertad de decisión. Finalmente se acordó convocar una nueva manifestación para el 8 de Abril de 1968.

Tanto los planes inmediatos a favor de los basureros de Memphis, como los ulteriores a favor de todos los pobres del país, se vieron truncados por un tiro en el cuello que lo alcanzó mientras estaba asomado al balcón del Motel Lorraine en donde se alojaba, el 4 de Abril. Fue llevado al hospital St. Joseph, en donde murió. Fue abatido por la misma violencia contra la que luchó durante toda su vida.

El día anterior, hablando en el Clayborn Temple, ante unas 2.000 personas que se congregaron a pesar del mal tiempo, se expresaba en estos términos:

“No sé lo que pasará ahora. Hemos pasado unos días difíciles. Pero esto no me importa ahora. Porque he estado en la cima de la montaña. No voy a preocuparme. Como cualquier otra persona me gustaría vivir una vida larga. La longevidad tiene su importancia. Pero no estoy preocupado por eso. Lo único que quiero es hacer la voluntad de Dios. Y El me ha permitido subir a la montaña. Y he mirado hacia el otro lado y he visto la Tierra Prometida. Puede ser que yo no esté allí con vosotros, pero quiero que sepáis esta noche que nosotros como pueblo llegaremos a la Tierra Prometida. Por esto me siento feliz esta noche. No estoy preocupado por nada. No temo a nadie. Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor. . . ⁸.

Siempre estuvo dispuesto a dar su vida por la causa que defendía. Creía que esto serviría de fuerza redentora que inspiraría a otros y que sería resucitado en la vida de quienes se dedicaran a la gran causa de la no violencia. Se sentía identificado con la Pasión de Cristo, con lo que se preparó para la muerte como el gran creyente que era.

⁸Ibidem, pg. 316-317.

Un epitafio para la esperanza

Martin Luther King nunca hizo ostentación del Premio Nobel de la Paz que le fue concedido. Sus motivaciones estaban muy al margen de lo que pudiera llevar a la gloria humana. Como cristiano buscaba en su intimidad con Cristo los móviles de toda su existencia. Y era al mismo Cristo a quien sentía en su interior, impulsándolo a ponerse de parte de los oprimidos, empezando por los negros, para seguir por todos los marginados de su país y del mundo.

Su fe le hizo evolucionar, desde su conciencia de negro postergado en una sociedad blanca, hasta interesarse por los problemas de toda la humanidad. El ensanchamiento progresivo de su horizonte hizo que pensara en el mundo como realidad física, amenazado por el armamento de las grandes potencias, como la plataforma indispensable para la única comunidad de todas las naciones y pueblos de la tierra.

En la gran marcha sobre Washington confesaba que tenía un sueño, el de una sociedad distinta en que todos, absolutamente todos, pudieran sentirse libres y hermanos, tal y como Dios los había hechos, y no como algunos hombres obcecados se empeñaban en mantener.

Este gran ideal suyo vino a sellar su vida, escrito sobre su tumba:

“Libre al fin. Libre al fin.
Gracias a Dios Todopoderoso
soy libre al fin”⁹.

Su familia interpretó de esta manera su gran anhelo de libertad que, finalmente se veía cumplido, aunque no como él había soñado, sobre la tierra, por la intolerancia asesina que le impidió culminar su obra.

Pero no se puede olvidar el epitafio que a él le hubiera gustado tener, incluido en el sermón que pronunció el 4 de Febrero de 1968, y que fue reproducido en cinta magnetofónica en su funeral:

“Me gustaría que alguien mencionara ese día que... Martin Luther King Jr. intentó dar su vida sirviendo a los demás... Me gustaría que alguien dijera ese día que... Martin Luther King Jr. intentó amar a alguien”¹⁰.

⁹Ibidem, pg. 334.

¹⁰Ibidem, pg. 330-331.

Desde que desapareció de entre nosotros han pasado veinte años en que hemos añorado su entereza, su honradez, su clarividencia y su fe. Sería de desear que su recuerdo siguiera animando a todos a dejar de lado, en todos los sentidos y para siempre, una violencia que nos privó de su presencia física, aunque no nos podrá privar nunca de su compañía.

Antonio M. Navas